

ces que las otras condiciones, ó sean las debidas á la madre, no se logren á causa de circunstancias desfavorables.

Añadiré aquí una observación especial sobre el carácter infantil del genio, es decir, sobre cierta semejanza que existe entre el genio y el niño. En el niño, como en el genio, el sistema cerebral y el sistema nervioso tienen una marcada preponderancia, pues su desarrollo se adelanta con mucho al del resto del organismo; en el sétimo año, el cerebro ha adquirido todo su volumen y toda su masa. Bichat se expresa así: «En la infancia, el sistema nervioso comparado con el muscular, es proporcionalmente más considerable que en todas las siguientes edades, mientras que en lo sucesivo la mayoría de los otros sistemas predomina sobre aquél. Sabido es que para ver bien los nervios se elige siempre á los niños.» (*De la vida y la muerte*, artículo 8.º, § 6.)

El sistema genital es aquel cuyo desenvolvimiento es más tardío; en la edad viril es cuando la irritabilidad, la reproducción y la función genital adquieren toda su pujanza, y en este momento suelen predominar generalmente sobre la función cerebral. Así se explica por qué los niños suelen ser tan inteligentes, tan razonables, tan ávidos de aprender y tan fáciles de instruir, y, en suma, más dispuestos y más aptos que los adultos para toda ocupación teórica. Sucede, en efecto, que á consecuencia de la marcha de su desarrollo tienen más inteligencia que voluntad, es decir, que inclinaciones, deseos, pasiones, pues inteligencia y cerebro son una misma cosa, de igual modo que el sistema genital se identifica con el más violento de todos los deseos, por lo cual he llamado al sistema genital el foco de la voluntad. Precisamente porque está

adormecida la funesta actividad de este sistema, mientras que la del cerebro se halla plenamente despierta, es por lo que la infancia es la edad de la inocencia y de la dicha, el paraíso de la vida, aquel perdido Edén, hacia el cual durante el resto de nuestros días volvemos los ojos con melancolía. Esa felicidad depende de que durante la infancia nuestra existencia consiste más en el conocer que en el querer, estado que se halla favorecido en lo exterior por la novedad de todas las cosas. En la aurora de la vida el mundo se descubre ante nosotros lleno de frescura, revestido de mágicas tintas y de múltiples encantos. Los cortos deseos, las inclinaciones vagas y los mínimos cuidados de la infancia no pesan lo bastante para neutralizar este predominio de la actividad intelectual.

Así se explica esa mirada de los niños, tan inocente y serena que nos encanta y que en algunos adquiere á veces la expresión elevada y contemplativa que Rafael supo poner en sus encantadoras cabezas de ángeles. Resulta de esto que las facultades intelectuales se desarrollan mucho antes que las necesidades que están destinadas á satisfacer, en lo cual, como en todo, la naturaleza obra con sabia previsión, pues en esa edad en que predomina la inteligencia el hombre adquiere un rico fondo de conocimientos para sus necesidades futuras, todavía desconocidas. Su inteligencia está incesantemente ocupada y se apodera ávidamente de todos los fenómenos, los medita y los conserva cuidadosamente para lo por venir, imitando á la abeja que elabora mucha más miel de la que puede consumir, en previsión de necesidades futuras. Puede afirmarse que las luces y los conocimientos que adquiere el hombre hasta el principio de la pubertad son más importantes que todo lo que aprende después, por

sabio que llegue á hacerse, pues aquéllas son la base de todos los conocimientos humanos.

Hasta la misma época la plasticidad prevalece también en el cuerpo del niño; después, cuando ha acabado su obra, concentra sus fuerzas en el sistema genital. Con la pubertad se manifiesta al mismo tiempo la inclinación sexual y la voluntad comienza entonces á sobreponerse poco á poco. Desde este momento, á la infancia ávida de teoría y de instrucción sucede la adolescencia siempre agitada, unas veces tempestuosa, otras melancólica, á la cual vendrá á remplazar la edad viril, seria y enérgica.

La volición del niño es moderada y subordinada al conocimiento precisamente porque le falta la inclinación sexual, origen de tantos males, de donde resulta ese carácter de inocencia, de inteligencia y de sensatez que distingue á la infancia.

No necesito decir, después de lo que queda escrito, en qué consiste la semejanza entre la infancia y el genio, pues es bien obvio que depende del excedente de las facultades intelectuales sobre las necesidades de la voluntad y del predominio consiguiente de la actividad del conocimiento. En realidad, el niño es, en cierta medida, un genio, y el genio en algún modo es niño. Su afinidad se manifiesta primeramente en la candidez y en la sublime simplicidad que son rasgo fundamental del genio verdadero y también se muestra en muchos otros rasgos, no pudiendo negarse que forma parte del carácter del genio cierta puerilidad.

Las noticias que da Riemer sobre Goethe, refieren que Herder y otros decían de Goethe, á modo de censura, que era un niño grande; tenían, ciertamente, razón en decirlo, pero no al censurarle. Se cuenta

también de Mozart que fué toda su vida un niño. Schlichtegrall, en su necrología, dice asimismo: «se hizo muy temprano un hombre en su arte, pero en todo lo demás fué siempre un niño».

Todo hombre de genio, por el hecho de serlo, es un niño grande que contempla al mundo como algo ajeno, como un espectáculo; mirándolo, pues, con un interés puramente objetivo. Esto hace que, de igual modo que el niño, carezca de esa seriedad seca de la generalidad de los hombres que, incapaces de experimentar otro interés que el personal, no ven en las cosas más que motivos para su conducta. Aquel que no sea durante toda su vida, dentro de ciertos límites, un niño grande; aquel que se hace un hombre serio y moderado, siempre razonable y sesudo, podrá ser en este mundo un ciudadano muy útil y capaz, pero jamás un genio.

En efecto; lo que hace posible el genio es que en él ese predominio del sistema sensitivo y de la actividad intelectual, propia de la infancia, persevera por anomalía durante toda la vida y se hace constante. Sucede á veces que en algunos individuos se perpetua algún vestigio de ese predominio hasta la juventud; así, por ejemplo, no se puede negar que hay en algunos de los jóvenes que vemos en las universidades aspiraciones puramente intelectuales y cierta excentricidad genial. Pero la naturaleza vuelve pronto á su horma, y esos mismos jóvenes se encierran en seguida en su crisálida para salir, en la edad madura, transformados en rematados *filisteos*, ante los cuales retrocedemos asustados al volverlos á hablar algunos años después. Este es el sentido de aquellas hermosas palabras de Goethe: «Los niños no llegan á ser jamás lo que prometen, los jóvenes rara vez, y cuando cumplen

lo que prometían, el mundo es quien falta á sus promesas.» (*Afinidades electivas*, primera parte, cap. X.)

En efecto; el mundo, que promete coronas al mérito, acostumbra á colocarlas luego sobre las frentes de los que se convierten en instrumentos de sus viles pasiones y de los que logran engañarle. Así como existe una cierta belleza de la juventud, que casi todos los hombres poseen en algún momento, y que es lo que suele llamarse la belleza del diablo existe también una cierta intelectualidad de la juventud, una condición espiritual ávida y capaz de concebir, de comprender y de aprender, de la cual estamos dotados todos en la infancia, y que algunos conservan todavía en su juventud, pero que muy luego se pierde, como la llamada belleza del diablo. En algunos raros elegidos, una y otra pueden perdurar toda la vida, de manera que queden visibles sus huellas hasta la edad más avanzada: estos son los hombres de verdadera hermosura y de verdadero genio.

Hay un hecho que viene á dilucidar y á confirmar lo que acabamos de decir sobre el predominio del sistema nervioso cerebral y de la inteligencia durante la infancia, y sobre su decadencia con la edad, y es que la misma relación existe en grado todavía más sorprendente en la especie animal más próxima al hombre, ó sean los monos.

Se ha llegado por grados á adquirir el convencimiento de que el orangután, ese mono tan inteligente, es un pongo joven, que al ir avanzando en edad, pierde la gran semejanza de su cara con el rostro humano, al mismo tiempo que pierde también su prodigiosa inteligencia; la parte inferior, que es la más bestial de la faz, aumenta, lo cual hace la frente más exigua; los grandes caballetes óseas en que se apoyan los múscu-

los, dan al cráneo una forma bestial; decrece la actividad del sistema nervioso, y en su lugar se desarrolla una fuerza muscular extraordinaria, que bastando para asegurar la subsistencia del animal, hace superflua aquella grande inteligencia que tenía ante. Hay observaciones muy importantes de Cuvier acerca de este punto, y Flourens las ha comentado en un informe sobre la *Historia natural* del primero; se hallará este informe en la entrega de Setiembre de 1839 del *Journal des Savants*, y ha sido editado aparte bajo el título de *Resumen analítico de las observaciones de F. Cuvier sobre el instinto y la inteligencia de los animales*, por Flourens, 1841. En la pág. 50 se lee: «La inteligencia del orangután, que se desarrolla tanto y tan temprano, decrece con la edad; cuando el orangután es joven, nos sorprende por su penetración, por su astucia, por su destreza; pero cuando llega á ser adulto no es más que un animal grosero, brutal é intratable. Lo mismo sucede con los demás monos, pues en todos ellos la inteligencia decrece á medida que aumentan las fuerzas. El animal más inteligente sólo posee el máximo de inteligencia cuando es joven.»

Más adelante, en la pág. 87, dice: «En los monos de todas las especies se observa esa relación inversa entre la inteligencia y la edad. Así, por ejemplo, el Entella (especie de macaco del subgénero de los semnopitecos y uno de los monos venerados en la religión de los Brahmas) tiene en su primera edad la frente ancha, el hocico poco saliente, el cráneo elevado y redondeado, etc. Con la edad, la frente retrocede y desaparece, el hocico se extiende, y en lo intelectual varía tanto como en lo físico; la apatía, la violencia, la afición á la soledad reemplazan á la penetración, á la docilidad y á la confianza. Tan grandes son estas di-

ferencias, dice Cuvier, que, dada la costumbre que tenemos de juzgar de las acciones de los animales por las nuestras, tomaríamos al joven por un individuo de edad, en que todas las cualidades morales de la especie estuviesen ya adquiridas, y al Entella adulto por un individuo que no tuviese desarrolladas todavía más que las fuerzas físicas. Pero la naturaleza obra así con aquellos animales que no deben salir de la esfera estrecha que les está señalada y á los cuales les basta con poder proveer á su conservación. Para esto era necesaria la inteligencia cuando la fuerza no existía, pero cuando ésta se va adquiriendo, aquella otra potencia pierde su utilidad. Y en la pág. 118 añade: «La conservación de las especies no radica menos en las cualidades intelectuales de los animales que en sus cualidades orgánicas.» Este final corrobora mi proposición de que la inteligencia, como las garras y los dientes, es un instrumento para el uso de la voluntad.

CAPITULO XXXII (1)

DE LA LOCURA

La verdadera salud del espíritu consiste en la memoria perfecta de lo pasado. No quiero decir con esto que nuestra memoria deba conservarlo todo, pues el camino recorrido en la vida se confunde en el tiempo, como el camino recorrido por el viajero se confunde en el espacio, cuando se vuelve á contemplarlo desde lejos. Muchas veces nos es difícil distinguir los años pasados uno á uno, y en cuanto á los días se nos hacen casi todos indiscernibles. En realidad, los acontecimientos perfectamente semejantes que se repiten con mucha frecuencia, y cuyas imágenes se cubren, por decirlo así, unas á otras, son los únicos que pueden confundirse en el recuerdo, de tal manera que no podamos distinguirlos aisladamente. Por el contrario, todo acontecimiento extraordinario ó importante podrá volver de nuevo en la memoria, cuando la inteligencia es normal, vigorosa y sana. En el primer volumen describí la locura como una interrupción en el hilo de los recuerdos, los cuales normalmente se suceden con uniformidad, aunque pierden continuamente algo den

(1) Este capítulo se refiere á la segunda mitad del § 36 del primer volumen.